

CAPITULO XXI.

Toma de Córdoba por César.— Crueldades de César.— Sus nuevos triunfos y honores.— Partida de César.— Lépido y Polion.— Muerte de César.— Levantamiento de Sexto y derrota de Polion.— Conducta del Senado hacia Sexto y fin de aquella guerra.— Segundo triunvirato romano.— Octavio vengador de César.— Repartición territorial entre los triunviro.— Segunda repartición.— Crueldad y política de Octavio.— Era española ó de Augusto.— Reformas gubernativas en España.— Primeras guerras cántabras.— Augusto en España.— Carisio.

Dicha circunstancia nos explica el sombrío cuadro de horrores que ofreció Córdoba al penetrar César dentro de sus muros. Dícese que mas de veinte mil habitantes fueron entonces degollados ó se dieron á sí mismos la muerte, por creerla inevitable al caer en manos de sus enemigos. El incendio, el saqueo y el exterminio, fue el horrible espectáculo que presenció aquel día la ciudad predilecta de César, y donde él mismo poseía casas y jardines (1). Allí la mano de César había plantado el célebre plátano (símbolo del poder romano) que cantó la lira de Marcial.

A tal extremo llegaría el terror que la crueldad de César inspiraba á los habitantes de Córdoba, que á este propósito se cuenta de un tal Escápula quien, para no caer en manos de los cesarianos, se hizo asesinar por un esclavo y arrojó luego á la hoguera que tenía preparada con dicho objeto, despues de un espléndido convite, al que asistió con sus mas ricos vestidos y acompañado de sus parientes y amigos.

Despues de Córdoba se rindió Sevilla, cuya rendición, atendida su importancia, se celebró en Roma con grandes fiestas y se inscribió en el calendario romano, sábiamente reformado por César.

Tantos triunfos obtenidos valieron á César las lisonjas y adulaciones con que los débiles suelen recrear los oídos de los poderosos. Entregáronle muchas ciudades, levantáronle estatuas y altares, colmáronle de honores, y en todas partes alfombraban de rosas su victorioso paso. Para perpetuar las virtudes del vencedor, no pocas ciudades cambiaron sus antiguos ó primitivos nombres. Nertóbriga tomó el de *Fama Julia*; Eborá, en Portugal, el de *Liberaltas Julia*, etc. A tantos obsequios y demostraciones correspondía César imponiendo á los pueblos onerosos tributos y despojando al templo de Hércules de los tesoros que él mismo había mandado restituir en tiempo del pretor Varrón.

De este modo terminaba su carrera en España el hombre que la había dotado de una legislación útil y sabia, y en cuyo país tantas amistades y simpatías se granjeara al principio.

Al partir César para Roma confirió el mando de la Citerior y la Galla Narbonense á Lépido, y á Asinio Polion el de la Ulterior.

Los increíbles honores y espléndidos festejos que dispuso Roma al vencedor de Munda no impidieron, y acaso originaron, que se formara una tremenda conspiración contra su vida. Junio Bruto, á quien el mismo César había colmado de mercedes y se complacía en darle el título de hijo, fue el asesino del capitán mas famoso de la antigüedad y acaso de los tiempos modernos. Como si la mano de la Providencia hubiese intervenido en ello, el exánime cuerpo de César, cosido á puñaladas, fué á caer á los pies de la estatua de su rival el gran Pompeyo. Así parecía querer reconciliar la muerte á los dos grandes hombres que en vida se profesaban mutuamente un odio implacable, sin otro móvil que su ambición insaciable.

La muerte de César ocurrió en el año 44 antes de Jesucristo, y cuando contaba cincuenta y seis años de edad. A causa de tan memorable y funesto suceso, dícese que los idus de marzo de dicho año fueron llamados paricidas.

Mientras Roma lloraba el trágico fin del General cuya fama no borrarán los siglos, Polion en la Bética perseguía activamente á los salteadores de Sierramorena y otros puntos, cuya plaga suele afligir siempre á los pueblos cuanto mas calamitosos son los tiempos, acreditando la verdad de este tan sabido adagio: *A tiempo revuelto, ganancia de pescadores.*

Entre tanto Sexto tampoco se dormía, pues saliendo de su escondrijo de la Celtiberia, volvió á encender la apenas apagada tea de la discordia, y España tuvo que presenciar todavía nuevas luchas entre los dos partidos romanos que se disputaban el imperio del mundo.

Al llamamiento de Sexto Pompeyo respondieron un sinnúmero de pueblos; de modo que pronto las falanges pompeyanas, como en sus mejores días, pudieron recorrer triunfantes toda la Iberia, desde la Lacetania, ó sea el alto Aragon, hasta la Bética ó Andalucía. El mismo Polion sufrió una terrible derrota por parte de Sexto. En ella perdió la mitad de sus tropas.

Al ver el peligroso giro que tomaban los asuntos de España para los intereses de Roma, el Senado resolvió mandar á nuestro suelo á Marco Lépido para que hiciera grandes ofertas á Sexto, y con ellas lograra disuadirle de sus intentos.

Ofrécese á Sexto el mando de toda la escuadra romana, y se le permitió volver á Roma (llevando consigo todo el oro que había acumulado en España), para que allí pudiera aspirar á los honores y grandeza de su padre. Sexto aceptó la proposición, y despues de licenciado su ejército salió para Italia.

Tal fue el inesperado fin de una lucha que comprometía gravísimamente la causa de los partidarios de César en nuestra Península.

El papel que César había representado en el mundo era demasiado importante para que, apenas enfiadas sus cenizas, se levantaran doquiera numerosos vengadores de su muerte, fascinados

por el brillo de su gloria ó atraídos por el imán de su prestigio.

En el año 43 antes de Jesucristo formóse el segundo triunvirato, en el que figuraron Marco Antonio, Lépido y Octavio, ó Octavianus, sobrino de César, nombrado su heredero por este.

Al venir á España con su tío, y cuando solo contaba diez y nueve años, Octavio se había ya distinguido en el ejército por su valor, y acaso por otras circunstancias que descubrieran prematuramente en él la grandeza de sus futuros destinos.

Octavio fue uno de los mas terribles vengadores de César. Los republicanos, capitaneados por Marco Antonio, Decio Bruto y Casio, experimentaron la superioridad del sobrino de César. Para saciar su venganza, Octavio ordenó decapitar á Bruto, asesino de su tío, y arrojó su cabeza á los pies de la estatua del vencedor de Munda.

Para crear atmósfera y atraerse á los partidarios de César, Octavio mandó erigir á este una estatua, con una estrella en la cabeza, en el templo de *Venus genitrix*. Por medio del oro y las dádivas procuró tambien hacerse suyos á los republicanos.

La división ó repartición que de las provincias del imperio romano se hizo al principio entre los triunviro fue la siguiente: á Lépido cupole en suerte la Iberia y la Galla Narbonense, el resto de las Galias tocó á Antonio, y á Octavio la Italia, el Africa, la Sicilia y la Cerdeña.

Los triunfos de Octavio en varias guerras contra los enemigos de César ocasionaron, al cabo de algun tiempo, una segunda distribución de provincias entre los tres hombres que regían á la sazón los destinos del universo. La España tocó entonces á Octavio.

Poco á poco Octavio fué desembarazándose de sus dos compañeros en el mando. Ambos triunviro fueron vencidos á su vez por el sobrino de César.

Al terminar su séptimo consulado, y despues de haber investido su persona con varias dignidades, Octavio quiso abdicar, pero el Senado no quiso admitir su abdicación, y le saludó con el nombre de *Augusto*, distinción que equivalía á una apoteosis ó divinización.

Las guerras del triunvirato tuvieron tambien su eco en España, donde cada triunvirato contaría probablemente con sus partidarios.

Durante el imperio de Octavio se hicieron en España grandes reformas políticas y civiles. Desde entonces desaparecen todas las tribus ó pequeñas provincias en que se hallaba dividida la Iberia, para no formar mas que una sola nación, tributaria de Roma y gobernada por unas mismas leyes. A partir del año 38 antes de Jesucristo, en que tuvo lugar dicha transformación, adoptóse en España la expresada fecha por base cronológica de su historia. Por espacio de algunos siglos contóse en Cataluña, Aragon y Castilla por la cuenta denominada *era española*, que antecedia de treinta y ocho años á la era cristiana.

Algunas de las provincias de España quedaron, en tiempo de Augusto, gobernadas por el Senado romano, mientras que las mas turbulentas estaban bajo el gobierno del emperador. De esto provinieron las denominaciones de *senatorial* é *imperial* en las dos grandes divisiones gubernativas establecidas por los romanos en nuestro suelo. La *Bética* quedó por el Senado, y el resto de la Península por Augusto. Mas tarde este hizo de su provincia otra división con los nombres de *lusitana* y *tarracense*, cuyo gobierno confió á dos gobernadores ó legados.

La Iberia gozó de mas libertad en el reinado de Augusto. A la sazón no se veían los españoles tan tiranizados ni oprimidos como en anteriores tiempos. Los hábitos y costumbres de Roma eran ya peculiares de los hispanos. Hasta el idioma de los Cicerones y los Horacios iba cundiendo con rapidez por nuestra Península y tomando en ella carta de naturaleza.

A la sazón los cántabros y los astures eran los únicos pueblos de España cuya indomable fiereza é inaccesible territorio habían sido hasta entonces los baluartes de su independencia. Augusto, señor ya del mundo, no podía sufrir que en un apartado rincón de nuestra patria existiesen todavía un puñado de guerreros emancipados de su soberanía, sobre todo despues de la excursion hecha por estos á las vecinas comarcas de los sujetos vacceos.

El año 26 antes de Jesucristo vino, pues, Augusto en persona á nuestro suelo para reducir á la obediencia á dichos montañeses españoles.

El ejército imperial fue dividido en dos secciones, una de las cuales mandaba el Emperador y la otra el pretor Carisio, encargado de marchar contra los astures, ó asturianos, mientras Augusto iba á atacar á los cántabros y los gallegos, que fueron derrotados por Antistio.

Los astures fueron á su vez vencidos por Carisio y por el mismo Augusto, quien volvió á ponerse al frente de su ejército, según algunos suponen. Cara costó, sin embargo, la victoria á los romanos, quienes, despues de un largo cerco, se apoderaron de la ciudad de Lancia (hoy Oviedo, según Mariana), último refugio de los dispersos asturianos.

Atribúyese á dicha época la fundación de Mérida, ó Emerita Augusta, como se la llamaba antiguamente.



COSTUMBRES ROMANAS (LAS ARENAS)

Riera Editor: Barcelona, Hobbador: 24/76.

(1) Modesto Lafuente, *Historia de España*, tom. I, lib. II, cap. VI, pág. 312.

CAPITULO XXII.

Nuevas insurrecciones cántabras.— M. Agripa.— Sujecion definitiva de los cántabros.— Progresos de los españoles en las ciencias, las artes, la agricultura, etc.— Nacimiento de Jesucristo.— Consideraciones generales sobre este importantísimo suceso.

MÉRIDA fue la capital de la colonia fundada por los soldados que á la sazón habían concluido el servicio militar, y á los cuales dispuso Augusto que se les distribuyeran tierras para que moraran en ellas y las cultivaran. A Carisio le fue confiada dicha tarea.

Consérvanse de aquel tiempo algunas monedas, en cuyo anverso está grabado el nombre, ó la cabeza, de Augusto; y en el reverso las puertas de la ciudad de Mérida y el nombre de Carisio, fundador de la colonia Augusta Emerita.

Cítanse otras fundaciones debidas á Augusto, entre ellas la llamada *Cesar-Augusta*, la antigua Salduba, hoy Zaragoza; *Pax-Augusta*, hoy Badajoz. La ciudad de Leon y la de Braga deben tambien su fundacion al sobrino de César, así como el templo de *Janus Augustus*, en Eciija, un hermoso puente sobre el Ebro, y otros monumentos conmemorativos de las victorias que Augusto alcanzó sobre los cántabros.

Al volver á Tarragona, Augusto, cuya fama era conocida á la sazón del mundo entero, recibió una embajada de las Indias orientales y la Escitia. Antes de regresar á Roma dejó el mando de la Tarraconense á Lucio Emilio, y á Carisio el de la Lusitania. Al llegar á la metrópoli de su imperio, Augusto cerró por cuarta vez las puertas del templo de Jano, en señal de la paz universal que á la sazón reinaba en los dominios del Capitolio.

Sin embargo, poco duradero fue aquel período de bonanza, pues no tardaron los astures y los cántabros (cuyo odio á los romanos parecía inextinguible) en insurreccionarse por segunda vez, y con mayores bríos que anteriormente. Emilio y Carisio fueron á sujetar á aquellos indomables pueblos, lo cual no consiguieron sino á costa de bárbaras matanzas y horribles crueldades. Poco después Cayo Furio, ó Furnio, sucesor de Emilio, tuvo que volver de nuevo á subyugar á dichas tribus, muchos de cuyos individuos fueron entonces reducidos á la esclavitud, mientras que otros, según acostumbraban, se dieron á sí mismos la muerte para evitar el castigo de los vencedores.

Al cabo de algun tiempo tramóse una formidable conspiracion entre los esclavos, quienes, despues de haber asesinado á sus señores, se retiraron á los montes, desde donde promovieron una general insurreccion entre los pueblos comarcanos.

Entonces fue cuando Augusto, justamente alarmado de aquellas imponentes rebeliones, mandó á España á su yerno Agripa, quien acababa de alcanzar algunos triunfos sobre las belicosas tribus germánicas.

Solo á su teson y á la serenidad que desplegó con la legion llamada *Augusta* (que por su cobardía fue disuelta y despojada del honroso título que llevaba), debió probablemente Agripa la victoria sobre los insurrectos, pues dicha circunstancia sirvió de emulacion y estímulo á las demás legiones, las cuales hicieron prodigios de valor.

Horrorosas escenas tuvieron lugar con motivo del triunfo de Agripa sobre los cántabros. Parece que todos los que se hallaban en estado de tomar las armas fueron muertos por el vencedor, no quedando, por consiguiente, mas que ancianos, mujeres y niños, á los cuales se obligó á bajar al llano y fijar allí sus viviendas.

El país cántabro fue militarmente ocupado por las tropas de Agripa, pudiendo decirse que desde aquel momento la Iberia entera quedó bajo el dominio de Roma, despues de una terrible y obstinada lucha sostenida, con varias alternativas, por espacio de dos siglos, ó sea desde Escipion hasta el yerno de Augusto.

Dicha guerra terminó hácia el año 19 antes de Jesucristo, comenzando entonces, en todo el imperio romano, aquel período de calma y reposo conocido con el nombre de *Pax octaviana*.

A medida que los romanos iban extendiendo sus conquistas por España, propagaban asimismo su propia religion entre los iberos. Bien pronto las teogonías romanas alternaron y se confundieron con las divinidades egipcias y griegas, y aun con los ídolos, peculiares de algunas tribus indígenas. Los dioses del Capitolio tuvieron aquí tambien sus augures, sus pontífices, sus flamines y sus sacerdotes. Los cántabros eran á la sazón los únicos pueblos hispanos en que no habían penetrado todavía el culto, la civilizacion y las costumbres romanas.

Augusto (bajo cuyo imperio fue España menos desgraciada que anteriormente) dió en nuestro suelo un vigoroso impulso á las ciencias, las letras y las artes. Abrió varias escuelas en las principales ciudades. Allí se formaron aquellos ingenios, entre otros Séneca, que fueron la honra, no solo de su patria sino aun de Roma misma.

Parece que entonces eran los españoles ya hábiles en la acuñacion de monedas, en forjar espadas, en la fabricacion de varios tejidos y en otras industrias. Las espadas que se fabricaban en Bilbilis adquirieron tal celebridad, por su buen temple y perfeccionamiento, que al tener noticia de ellas los romanos, las usaron con preferencia á las suyas, según se refiere.

Mientras que Augusto estaba ocupando su solio imperial y empuñaba en sus manos el cetro del mundo, á la sazón conocido, en un rincón de Judea nació un Niño, en cuya frente resplandecía la radiante auréola de la divinidad, y de cuyos labios debía salir la

doctrina mas pura, hermosa y sublime que quepa imaginarse.

El mundo parecia haber llegado entonces á lo mas profundo del abismo de corrupcion y barbarie. Los vicios tenían un trono en cada pecho, uno ó muchos templos en cada ciudad, mientras que la virtud y la justicia no hallaban en toda la tierra un miserable asilo donde ponerse á cubierto de la astucia, la iniquidad y la violencia.

Ya hemos visto lo que eran esos hombres, educados en la escuela del paganismo, y en cuyas manos se hallaban entonces los destinos del mundo entero. Por cada rasgo de magnanimidad, cien crueldades cometidas; por cada ley respetada, un sinnúmero de violaciones é injusticias; por cada virtud practicada, aparecia manchada su conducta por una multitud de abominables vicios.

Rotos los lazos de familia, menospreciados ó desconocidos los derechos del hombre, degradada la mujer, desenfrenadas y licenciosas las costumbres, encadenada la humanidad y patrocinado el crimen de los magnates y poderosos: tal era el espantoso cuadro que ofrecia la sociedad á la venida del ansiado y prometido Mesías. Tales eran los frutos del árbol de la idolatría.

Necesitábase, pues, imperiosamente un reparador; una palanca, para la esfera moral, de mucha mas potencia que la que pedia Arquimedes para trastornar por completo el órden material del universo. Pues bien, ese reparador se encontró en Jesucristo, y esa poderosa palanca en su divino Evangelio.

La transformacion que desde entonces se fué obrando en los entendimientos y los corazones traspasa evidentemente los límites de cuanto la razon del hombre puede concebir y su mano ejecutar. Y, sin embargo, el reinado de la violencia fue sustituido con el de la mansedumbre; al imperio de los vicios y la fuerza bruta sucedió el de la persuasion, la virtud y la justicia; á las tinieblas del error y la ignorancia se opusieron los inextinguibles fulgores de la verdad y la sabiduría.

Bien puede decirse que, así como la mano del Dios Creador colocó en medio del mundo material ese hermoso sol destinado á alumbrar á todos los descendientes de Adán, así la del Dios Redentor suspendió en la inmedible esfera de las conciencias ese sol de verdad y de justicia (personificado en Jesucristo), cuyo asiento reside en el centro de la eternidad, y cuyos inextinguibles destellos deben guiar los pasos del hombre durante su corta peregrinacion por este valle de miserias. ¿Qué han hecho ó escrito los filósofos antiguos y modernos que pueda compararse, ni remotamente, con la moral evangélica? Las doctrinas de Platon, de Aristóteles, de Sócrates, de Epicuro, ¿qué frutos han producido en la sociedad? ¿Cuántas veces su aplicacion no ha sido funesta y deplorable? El enfermo, el moribundo, el desgraciado, el pobre, el rico, el sábio, el ignorante, el débil y el poderoso, ¿qué beneficios han reportado de tales sistemas filosóficos? ¿Qué hubiera sido del mundo entero sin la aparicion del Verbo humanado, del Dios hecho hombre para sanar nuestros males, enjugar nuestras lágrimas y trazarnos, con su divina mano, la hermosa senda de la virtud y la fe que conduce á la felicidad eterna? Hé aquí una pregunta que debieran hacerse á sí mismos muchos hombres antes de impugnar las doctrinas de Jesucristo y de negar la divinidad de su persona.

Es preciso no tener la mas ligera nocion de la historia universal, ó llevar el orgullo hasta el delirio y la locura, para desconocer las incalculables ventajas que el Cristianismo ha proporcionado á la sociedad. Desde que Jesucristo aparece en medio de nosotros, y que su Evangelio se difunde, como los rayos del sol, por toda la redondez de la tierra, ya no es posible separar á la persona del Verbo de la historia de todas las naciones civilizadas. Desde entonces el Cristianismo arroja su luz divina sobre los principales hechos históricos de cada pueblo y las mas grandiosas epopeyas de la humanidad.

En vista de tan estupendos y sobrenaturales resultados, no puede menos de exclamarse: O la historia es la mas solemne de las mentiras, la mas absurda de las ficciones é imposturas, ó las doctrinas del Hijo de María son infinitamente superiores á cuanto puede concebir el hombre, y sus efectos son humanamente inexplicables; ó Jesucristo es Dios, ó Dios no está en el cielo, repetiremos con Napoleon I, el ilustre proscrito de Santa Elena.

Es ajeno de la presente obra el aducir argumentos y presentar pruebas de la divinidad de Jesucristo y su incomparable Evangelio. Esclarecidos autores antiguos y modernos se han ocupado de esta importantísima cuestion y la han examinado magistralmente bajo todas sus fases. Tambien nosotros, en nuestra modestísima esfera, hemos escrito algo sobre dicho asunto, si bien que nuestra insignificante obra no ha visto todavía la luz pública.

Sin embargo, para aquellos que están íntimamente convencidos de la innegable verdad y eficacia del Evangelio, creemos que basta y sobra con lo que acabamos de exponer; y á aquellos que dudan, niegan ó vacilan, les aconsejaremos que lean la historia de nuestra patria, y verán en sus páginas el papel que ha desempeñado en muchas épocas esa Religion que fecundó y selló con su propia sangre el divino Redentor de los hombres.



SEXTO MARIO PRECIPITADO DE LA ROCA TARPEYA.

Riera Editor, Barcelona, Robador, 24-726.